

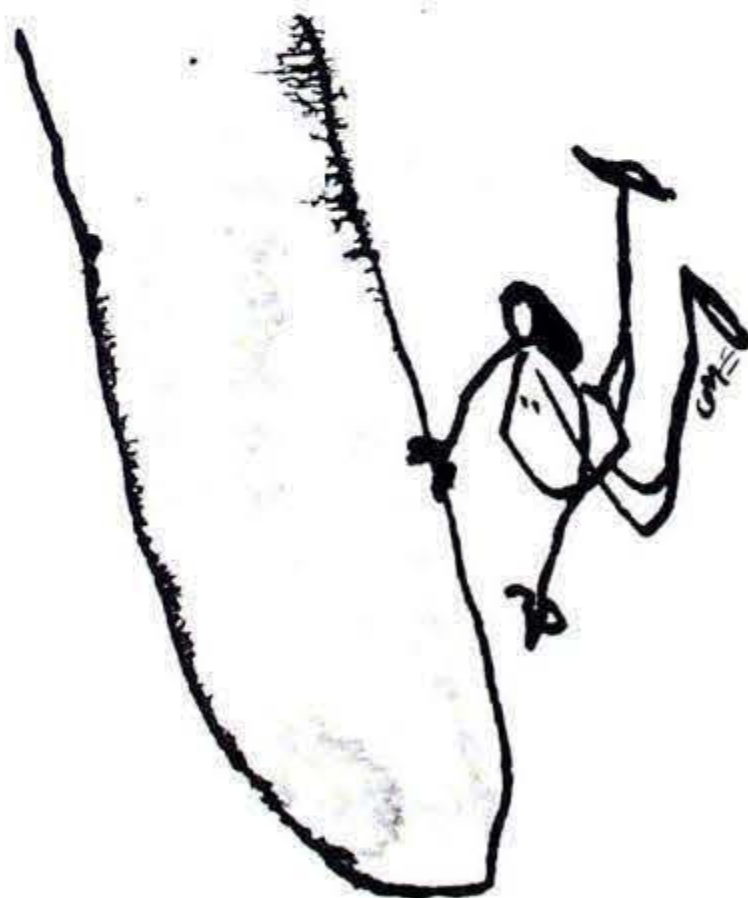
Volviendo a nuestra huella, digamos que en el medio de ambos polos se situarían M. M. Carranza y D. Jaramillo. No pican de los extremos sino del *sentido* de la escritura misma. (Obviamente sabemos que esto no es más que la trampita para seguir escribiendo poemas, pero valoremos la postura). Un dato adicional: sus obras no son muy abundantes. Dice Carranza: *"Me he cansado/ de mis palabras./ Se las presto./ Para el caso, es lo mismo"* (NUNCA ESTARDE). Y Darío Jaramillo parece llevar el ritmo con un tambor del que reniega: *"... para investigar los más hondos secretos/ del bien decir —'embelleciendo la expresión de los conceptos'—, / del maldecir —que es otra cosa—, / y pura y simplemente del callarse, / que es donde radica la necesidad de la poesía"* (RETORICA).

Es curioso que no aparezca nadie más después de Cobo Borda (nacido en el 48). La ironía de sus poemas viene a ser como el humor negro del decoro. Más curioso aún es que el poeta que abre la antología sea Vidales, en cuyo poema FILOSOFIA DE LOS ADEMANES leemos: *"Mis versos han descubierto/ que las gentes/ no valen por sí mismas (. . . ) Y que los ademanes/ son los armazones maravillosos/ e invisibles/ de los seres humanos"*. El Vanguardismo de Vidales resulta cosa de ingenio, observación de los detalles (algo que el Modernismo introdujo con éxito), pero nunca el coctel molotov en el centro del Sistema poético. Los timbres de Vidales son eso: llamadas de atención (a veces timbrazos, cosa que ha quedado demostrada con una reincidencia poeticopolítica nada exitosa). El buen humor del principio se vuelve broma pesada al final. El ademán termina en Cobo Borda, que ya estaba ironizando sobre la ironía (eso que los españoles llaman rizar el rizo). Pero Cobo Borda habla desde ese sistema expresivo en que se ha formado. Ahora bien, lo impresionante del último poema de la antología es que, además de ser excelente, da cuenta de todo el proceso que yo percibo o que he inventado (¿importa la especificación?). Quizá la estadia personal de Cobo Borda en Argentina le ha servido para advertir la necesidad de tumbar poéticamente

estos códigos. Creo que las baterías están puestas y sólo hace falta el detonante. TIERRA DEL FUEGO (así se titula el poema que anuncia el límite) se inscribe en la línea del mejor Cobo Borda, lejos —esperamos que para siempre— de esos poemitas insulsos de confitería macrobiótica. Este poema es todo un programa poético: *"También aquí, / donde los castores desvían el curso de los ríos/ y los guanacos miran con esbelta tristeza, / ha surgido la vieja voz . . ."*. Ya sabemos a qué vieja voz se refiere el poema. En el punto más remoto del continente se le cuela para significar metafóricamente la manera como se escribe a sí mismo el poema: *"en éste, / el lugar más austral del planeta/ donde los continentes a la deriva/ parecen concluir su errante viaje por la Tierra, / algo que aún no sé nombrar te advierte, / sin remedio. / Poesía, fatalidad del instinto . . ."*. La tierra del fuego lo es de la poesía. El poeta es quien ilumina o enciende las señales para los navegantes (perdonémosle al poema estos tics románticos). En cierta forma el poeta asume aquí las voces de su tradición que anhelan tocar esa imagen: *"voluble, frágil y sonámbula quimera/ tras la cual los hombres viajan/ y luego desaparecen"*.

¿Quién ha de poner en práctica este programa? Se dice el milagro pero no el santo, pues.

EDGAR O'HARA



## Del pincel a la pluma

Escritos artísticos.

Francisco Antonio Cano.

Ediciones Extensión Cultural Departamental. Colección Breve, Medellín, 1987, 260 págs., ilustrado

El arte antioqueño nace con Francisco Antonio Cano (Yarumal, 1865-Bogotá, 1935) y alcanza su culmen con Fernando Botero. Por supuesto que antes de Cano existieron pintores en Antioquia, aunque casi todos ellos estén hoy perdidos en el olvido. Estos predecesores tuvieron carácter de artesanos y no de artistas. Cano es el primero que asumió su tarea como profesión exclusiva, y es el primero que viaja al exterior con el único propósito de asimilar una formación académica extranjera. Vivió y sobrevivió con su trabajo dirigido a un mercado estrecho, poco dinámico, de gustos obtusos y avaro con el artista nacional y en general con el arte, y contribuyó a la formación de una conciencia artística en la sociedad y a la educación de un conjunto de futuros pintores y dibujantes, entre los cuales se destacan Ricardo Rendón, Gabriel Montoya, Humberto Chaves, Horacio Longas y Marco Tobón Mejía, entre otros.

Además de pintor, coeditor de revistas ilustradas e incansable dibujante, Cano fue escultor. Su busto de Atanasio Girardot, hoy mal conservado en la plazuela de la Veracruz en Medellín, fue uno de los primeros bronce fundidos en Colombia, en los talleres de Robledo, allá por el año 1911.

Empujado por su inquieta inteligencia y por obra de las circunstancias, también tomó la pluma, sin abandonar los pinceles ni el cincel, y escribió críticas y comentarios artísticos, "solamente válido de mi adoración a lo bello y con objeto de contribuir siquiera a que se despierte el interés por lo que yo amo, pero con la seguridad de que un mes más tarde, si mucho, habré de desear borrar lo escrito", según confesó a Carlos E. Restrepo en carta escrita en París en 1899.

NUEVO TESORO QUIMBAYA



Recipiente antropomorfo —poporo— 1.191.30 gms., 27.0 x 15.0 cms.  
Foto Jorge Mario Múnera.





Colección completa  
de piezas pertenecientes  
a una cultura  
que se desarrolló entre  
los siglos I y IX de nuestra era,  
en los valles de los ríos Cauca  
y Magdalena. Recientemente  
adquiridas por el Museo  
del Oro.

Foto Jorge Mario Múnera.



Recipiente para cal semicircular, 1.118.60 gms., 18.4 x 19.0 cms. Foto Jorge Mario Múnera.

A pesar de sus cautelas, Cano realizó una apreciable tarea de escritor, si bien no fue muy extensa, pero que se constituye en documento indispensable para entender el arte de su época. Según informó su hijo León Cano en entrevista de 1965, el maestro compuso una novela, que se perdió. En el momento de su fallecimiento, preparaba un libro sobre el arte colombiano, del cual hoy tampoco se sabe nada. Dos importantes cuadernos, en manos de un comerciante de antigüedades de Manizales, contienen notas de viaje, reflexiones y dibujos, hasta hoy inéditos. Y presumiblemente en archivos familiares deben existir algunos otros manuscritos.

Aparte de estas obras, Cano escribió y publicó diversos ensayos, que han sido recogidos en su totalidad en el libro *Notas artísticas*, prologado y compilado con esmero por Miguel Escobar Calle, con el objetivo de "rehacer la huella que dejó Francisco Antonio Cano como crítico de arte; como protagonista y a la vez testigo de su época y del arte de su país; y como constancia de magisterio intelectual, de vida artística y de actitud moral".

El libro está integrado por tres partes. En la primera se encuentran veinticuatro textos, tres entrevistas y un fragmento del testamento del autor. Los textos fueron escritos por el pintor entre 1896 y 1934. La segunda parte ofrece un conjunto de informaciones no exhaustivas sobre Cano y su obra, así como una bibliografía básica, y por último, se incluyen más de treinta reproducciones de dibujos, bocetos y grabados, que complementan las reproducciones de los avisos de prensa que Cano publicó al principio de su carrera para promocionar sus clases de dibujo o las lápidas de mármol que fabricaba para poder subsistir, junto con caricaturas de Leudo y Rendón, entre otros.

Cano inició sus labores de comentarista y crítico de arte con un artículo sobre una Virgen pintada por Ricardo Acevedo Bernal, publicado en la revista *El Repertorio* en 1896, cuando contaba 31 años. Le siguió un ensayo más extenso sobre la catedral de Medellín (1898), en proceso

de construcción, donde hizo gala de conocimientos de historia de la arquitectura y de sus elementos estéticos, a pesar de que nunca cursó estudios académicos formales. Ese mismo año viajó a París, gracias a un dinero otorgado por el Congreso. Desde la capital francesa sostuvo correspondencia con su amigo y futuro presidente Carlos E. Restrepo; cuatro de estas misivas se encuentran reproducidas en el libro que comentamos. Nada de la bulliciosa y agitada vida artística y política del París de aquellos años parece haber tocado a Cano, embebido en sus estudios académicos y en la observación de los clásicos en los museos.

Ya en Medellín en 1902, promovió por la prensa la creación de una academia de dibujo, y publicó ensayos sobre Epifanio Garay (1903), Andrés de Santamaría (1903 y 1904), dictó conferencias en el Centro Artístico (1905) y escribió un detenido análisis sobre la Segunda Exposición Artística e Industrial celebrada en Medellín en 1905. Tobón Mejía (1906 y 1917), la Sociedad de Mejoras Públicas (1917), Miguel Díaz Vargas (1930), Acevedo Bernal (1934) y Roberto Pizano (1934), fueron los otros artistas que ocuparon la atención de Cano.

En la sección referida a la información sobre el artista, se encuentra un valioso ensayo biográfico de Manuel Uribe Angel, publicado en 1899 en *El Espectador*. Así mismo están incluidos textos de Darío Ruiz, Eladio Vélez y Luis Pinto.

*Notas artísticas* es un libro que saca a la luz pública una faceta casi inédita de uno de los pintores colombianos más importantes de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Hombre de múltiples actividades, Cano encarnó el ideal del humanismo y del arte renacentista en la Colombia decimonónica, y vivió la dramática transición que significó para el país y su cultura pasar de un siglo al otro. Dominio de la técnica y de los principios académicos del oficio, confianza en el arte como instrumento de la belleza y del engrandecimiento del mundo y del hombre, voluntad didáctica, consagración y disciplina, fueron sus atributos más notables, que

hoy sería difícil encontrar en un artista contemporáneo, más ocupado en manejar el éxito y las relaciones públicas.

En medio de su acendrado ademismo, Francisco Antonio Cano se permitió valorar, e incluso practicar casi en secreto, el impresionismo, que fue la corriente más moderna que pudo aceptar. El cubismo, los monigotes sintéticos de Pepe Mexía, nunca cupieron en su órbita artística.

Situado en la tradición occidental de los artistas que nos han legado sus textos, desde Leonardo, renacentista por excelencia, hasta Dubuffet y Tápies entre los contemporáneos, Cano inauguró, con sus textos, una menor pero necesaria costumbre en Antioquia. Desde Pedro Nel Gómez, Eladio Vélez y Gómez Jaramillo, hasta Félix Angel, los artistas paisas, de una manera u otra, no han desdeñado la palabra para explicar su obra, sus circunstancias, o para polemizar, criticar o dejar testimonio.

Rescatando del olvido estos materiales, *Notas artísticas* revaloriza la obra y la personalidad de Canito, como lo llamaron cariñosamente sus contemporáneos, y plantea la necesidad de recuperar su obra plástica, por tratarse de un artista fundamental en la historia del arte antioqueño.

SANTIAGO LONDOÑO V.

